

QUÉ HACER

*Lo que es lo veo en lontananza;
lo que fue, se presenta ante mis
ojos como una realidad.*
GOETHE

La contienda era total. Los medios utilizados para llevarla adelante fueron cada vez más cruentos y aberrantes, pero también los hubo sutiles y hasta aparentemente urbanizados, "legítimos", "razonables" y no por ello menos despiadados.

Ambos bandos echaron mano de lo que tenían a su alcance. Unos, tecnología, información, logística y cuantiosos recursos económicos. Los otros, voluntad, abnegación, y recursos humanos de cuantioso valor.

Unos en nombre de la libertad, del estilo de vida "occidental y cristiano", los derechos individuales, la propiedad privada, **el ego**. Los otros en nombre de la justicia social, la igualdad entre los seres humanos, el derecho de los pobres, la equidad, **el colectivo**.

En ambos bandos hubo moralistas, héroes, cobardes, cruzados y tiranos. Soldados abnegados e irresponsables. En uno de los bandos proliferaron los economistas, en el otro los poetas. Los economistas comenzaron a sacar ventaja. Primero pequeñas ventajas, luego algo mayores y con los años una supremacía aterradora. Quizá por eso mismo, las traiciones fueron tantas.

Los vencidos fueron hostigados, diezmados, perseguidos hasta las guaridas más recónditas. Vejados, humillados, grotescamente ridiculizados.

Al principio se habían replegado en desbandada. No pocos, al contemplar la supremacía de los que avanzaban, optaron tempranamente por cambiar de bando, "para dar la pelea desde adentro". Otros, un poco menos, resistieron ferozmente, hasta el límite de sus fuerzas, y finalmente, aceptaron la derrota con el corazón desgarrado.

Unos pocos, muy poquitos, continuaron resistiendo casi en soledad, en pequeñas agrupaciones marginales. En estos, el dolor fue tanto y tan prolongado que llegaron a confiar sólo en sí mismos. La hermandad y la desconfianza crecieron juntas hasta límites impensados y dieron origen a nuevos fragmentos, y fragmentos de los fragmentos.

La derrota fue de tal magnitud, que un buen día se los dio por desaparecidos.

Ese mismo día, algunos, los más lúcidos en la facción triunfante, percibieron el fracaso del éxito. Casi al mismo tiempo, los desaparecidos, los ignorados, intuyeron lo que estaba sucediendo y comenzaron a soñar con la reconquista.

Cada pequeño grupo, tan duro y voluntarioso como modesto en dimensión, se sintió con méritos para conducir el contra-proceso. Cómo eran conscientes de sus limitaciones comprendían que debían articular con sus hermanos de desventuras, también con algunos primos hermanos, y bueno, también con miembros de la familia política, que de última.... Eso sí, "el contra-proceso tenemos que conducirlo nosotros, se dijeron, porque nosotros garantizamos..."

Así rumiaron y planificaron la arremetida. Mansos como palomas y astutos como palomas, hasta que con el correr del tiempo advirtieron que estaban pensando con los códigos y las categorías del opresor, que por otra parte fue durante tantísimo tiempo, lo único que había.

La cultura dominante, que había sido el talón de Aquiles de los "ganadores", se convertía en un antropófago de los sueños.

Casi por casualidad, uno de los grupos, uno de los más duros y pequeño, se dio cuenta que el contraproceto, la reconquista, debía comenzar por ellos mismos. Fue así que empezaron a mirar hacia adentro, cada vez más profundamente, hasta que cada uno llegó a verse a sí mismo, humanamente, sin bajar la mirada... Y a medida en que lograban aumentar el afecto por sí mismos, fueron dejando de compararse con el otro. De última, nunca habrá nadie más grande o más pequeño que uno mismo...

Poco tiempo después miraban de manera diferente, más piadosa, menos soberbia a los primos hermanos y hasta un poco más allá, a los primos políticos.

Puede parecer extraño, pero el escenario de estos hechos, no es mi país, es el planeta.

Hoy ya no reniego de casi nada, pero me enoja el moralismo, me causa pudor la vanidad, me demoran los dogmatismos, me parecen primitivas las liturgias. Y tengo para mi, que quienes realicen el aporte más auténtico, mejor intencionado, más generoso, se verán convocados a conducir el contraproceto.

Tengo esperanza. Confío en que así será.

Qué hacer

No puedo decirle a nadie lo que debe hacer, pero lo que yo puedo hacer, nadie puede hacerlo por mí.

Por primera vez creo entender a Félix Brunati, (mi Papá) citando a Sócrates en aquello de que solo sabía que no sabía nada.

Estoy tratando de aceptar, esencialmente, en las vísceras, el mensaje de mi hijo Juan: "Esta no es una crisis de dirigentes, es una crisis de protagonismo". Consigna que hiere de muerte la vanidad de los imprescindibles y recuerda que solo el pueblo salva al pueblo.

Desde muy joven supe en el corazón, que "Hasta la victoria siempre", era más, mucho más, que la quimérica idea de victoria final. La victoria final nunca llega, entre otras cosas, porque se pueden ganar o perder muchas batallas, pero las guerras no las gana nadie. "Hasta la victoria siempre", me sigue convocando a la más audaz y bella aventura posible: aportar en el sentido de evolución de la humanidad.

"Hasta la victoria siempre", habla de un quehacer cotidiano interminable e insustituible. Al decir de un viejo luchador Latinoamericano: práctica, reflexión y acción. Siempre desde la vereda de la libertad, la igualdad, la fraternidad.

Fui testigo de un tiempo en el cual, dos terceras partes de la humanidad se atrevían a soñar en esa dirección. Con virtudes terrenales y defectos terrenales, ni mis compañeros ni yo nos sentíamos individuos más valiosos ni menos valiosos que el colectivo. Todos éramos necesarios, ninguno indispensable.

Creo que se trata de religar los jirones de esa historia, una historia de la que soy parte.

Luis Brunati
18-10-2004

|